

A PRÓPOSITO DEL CONGRESO DE PATRIARCAS Y OBISPOS CATÓLICOS DE ORIENTE MEDIO CELEBRADO EN EL LÍBANO, DEL 9 AL 20 DE MAYO DE 1999

El Triunfo del Unitatismo

Este congreso se ha celebrado en *Notre-Dame du Mont* (Líbano). Han participado en él siete Patriarcas, cerca de cincuenta Obispos y superiores generales de Órdenes religiosas, en presencia de varios Cardenales y Prelados latinos, delegados por el Vaticano a tal efecto. Las Iglesias que han participado y que son calificadas como Uniatas han sido todas creadas, —a excepción de la Iglesia Maronita, el Patriarcado Latino de Jerusalén y los Vicariatos Apostólicos latinos— por la Iglesia Romana, en torno al siglo XVIII, gracias al celo de los misioneros latinos. Ellas fueron desvinculadas de la Ortodoxia calcedonense y no-calcedonense, para unirse a la Santa Sede de Roma en tiempos en que el diálogo entre Roma y la Ortodoxia no existía. Hasta ahí, el Oriente, en su conjunto, salvo las raras excepciones que acabo de citar, era ortodoxo, y dividido entre tres Patriarcados Apostólicos, además del de Constantinopla.

A comienzos del siglo veinte, surgió el movimiento ecuménico, al mismo tiempo que se constituían las Organizaciones internacionales, políticas, sociales, culturales, etc. El diálogo

comenzó tímidamente entre las Iglesias Ortodoxas, la Iglesia Romana y las Iglesias surgidas de la Reforma. Entre otras comisiones ecuménicas, apareció por fin la Comisión Teológica Mixta Internacional que emprendió el diálogo entre las Iglesias Romana y Ortodoxas calcedonenses. Estaba compuesta por Altos Prelados y grandes teólogos que representaban por igual a Roma y a la Ortodoxia.

Esta Comisión mixta, tras intensos estudios teológicos, ha publicado importantes documentos que han confirmado la identidad de fe de estas Iglesias, Romana y Ortodoxas, en los dogmas esenciales, definidos en los siete primeros Concilios Ecuménicos.

Esta misma Comisión mixta celebró en 1993, en Balamand (Líbano), su última asamblea, dedicada al estudio del uniatismo (Iglesias Orientales unidas a Roma). Emitió de común acuerdo un nuevo documento, que reprueba el modo en que las Iglesias Orientales, llamadas uniatas, fueron creadas, en el seno de la Ortodoxia y a sus expensas, y lo califica de método de un pasado caduco.

Tras esta declaración solemne, adoptada por los miembros, tanto católicos como ortodoxos, de esta asamblea, podría esperarse que las Iglesias, llamadas uniatas, hicieran una revisión seria de su condición de Iglesias Orientales, unidas a Roma y se comprometieran a fondo en el movimiento ecuménico con vistas a ver a ortodoxos y católicos reencontrarse, aquí y allá, en la unidad del Cuerpo Místico de Cristo y poner fin a esta situación falsa, creada por el movimiento uniata. No sucedió nada, salvo encuentros, casi todos de pura cortesía, donde se habla de la unidad, como de un sueño por realizar. Nada de colaboración efectiva con la Ortodoxia, nada de reunión¹ entre católicos orientales y ortodoxos, des-

¹ Salvo una sola, cuando los Patriarcas católicos de Oriente Medio, reunidos en su Asamblea anual, celebrada en el Líbano (Charfé) en octubre de 1996, invitaron a los tres Patriarcas, greco-ortodoxo de Antioquía, siro-ortodoxo de la misma Sede y armeno-ortodoxo, para ponerse de acuerdo sobre cuestiones de orden pastoral: la primera comunión, celebrada en las escuelas católicas, los matrimonios mixtos y el catecismo unificado.

En cuanto a la invitación dirigida a los cristianos ortodoxos, así como a los musulmanes y drusos del Líbano con ocasión de la celebración del Sínodo para el Líbano, fue debida a las autoridades religiosas romanas, a quienes les cabe el mérito de haber emprendido este Sínodo y orientado sus trabajos.

tinada a acercar cada Iglesia uniata a la Iglesia Ortodoxa de la que había sido separada por el uniatismo.

Dejando de lado la atrevida tentativa de la Iglesia greco-melquita católica, adoptada por la casi totalidad de sus obispos, de entrar en comunión con la Iglesia greco-ortodoxa en el seno del Patriarcado bizantino de Antioquía, sin romper su comunión con Roma², las Iglesias católicas orientales, incluida la católica griega, han dedicado sus esfuerzos a cerrar filas, a fortalecer su identidad uniata frente a la Ortodoxia, creando instituciones propias, dejando sólo a la Comisión Mixta Internacional el cuidado de proseguir el diálogo con la Iglesia Ortodoxa. No se ha realizado ningún esfuerzo común, para una acción ecuménica común, entre cada Iglesia uniata y la Iglesia Ortodoxa de la que se había separada.

En lugar de manifestar cada una lo que tiene en común con su Iglesia madre, las Iglesias uniatas han comenzado a poner en común su uniatismo, erigiéndolo así, en bloque, no contra la Ortodoxia, ciertamente, sino frente a ella.

Es así como a la Asamblea de los Patriarcas y Obispos Católicos del Líbano se ha añadido, estos últimos años, la Asamblea de *los Patriarcas Católicos* de Oriente Medio, seguida de la Asamblea de los *Patriarcas y Obispos Católicos* de Oriente Medio, que acaba de celebrar su Congreso —una

² Si estos intentos no han conducido a una unidad eclesial inmediata, por razones que sería demasiado largo exponer aquí, es cierto que este proyecto ha acercado enormemente a las dos Iglesias y ha derribado todos los prejuicios, acumulados desde nuestra separación en 1724. Esto aparece claramente en el comunicado sinodal ortodoxo, relativo a este proyecto, que declara que a partir de ahora «greco-católicos y greco-ortodoxos de Antioquía constituirán una misma fuerza motriz que hará mover Roma y la Ortodoxia del mundo entero». Por otra parte, los dos Sínodos han constituido una Comisión mixta de cuatro Obispos, cuya tarea ha sido definida como sigue por S. B. el Patriarca Ortodoxo griego de Antioquía en el curso de una entrevista concedida al diario libanés *L'Orient-Le Jour*, con fecha 19 de octubre de 1996: «La misión de esta comisión, dice, será reunirse, en lugar de Sínodos, que no se reúnen todos los días; reunirse, pues, con la mayor frecuencia posible con el fin de mover los Sínodos y de decir a cada Iglesia cómo mover a las otras Iglesias». Esta Comisión reemprenderá pronto sus actividades. Que no se diga, pues, que las autoridades ortodoxas no quieren colaborar con la Iglesia Católica. Era cierto cuando ésta explotaba esta colaboración para hacer proselitismo entre los fieles ortodoxos. Pero ya no se trata de esto.

especie de Concilio del 9 al 20 de mayo últimos-, con la asistencia de una importante delegación del Vaticano.

Y es así como estas Iglesias unidas de Oriente, en lugar de encaminarse hacia la unidad cristiana, volviéndose hacia la Ortodoxia, su madre en la fe, se repliegan sobre sí mismas y refuerzan, sin quererlo, la línea de demarcación que las separa de ella.

Siendo el uniatismo uno de los más graves obstáculos en el camino de la unidad, esta orientación de las Iglesias uniatas que yo llamaría panuniatismo, no está en la línea del ecumenismo. Más aún, habiendo sido creado el uniatismo a expensas de la Ortodoxia, un Congreso uniata de este tipo, celebrado en territorio de Oriente en ausencia de la Ortodoxia, cuya herida uniata está aún abierta, es un desafío, sobre todo en un tiempo en que todas las Iglesias apelan al ecumenismo.

Semejante congreso me repugna tanto como una asamblea ortodoxa, celebrada por representantes de las Sedes Apostólicas de Oriente, en el corazón de la Sede Romana, en ausencia de ésta. Y cuánto más una asamblea celebrada en el corazón de la Sede Romana por Iglesias protestantes, creadas a expensas de esta misma Sede. Si tales asambleas son posibles, se opone a ellas un cierto pudor.

Susceptibilidad y pudor mal entendidos, se dirá. Quizá, pero ecuménicos y estamos en tiempos de ecumenismo, donde no se hace más que hablar de Iglesias hermanas, de comunión casi perfecta, de «comunión que ya existe» (papa Juan Pablo II) de «fe común en las verdades fundamentales y esenciales» (el mismo Papa: Véase *Oriente Próximo Cristiano* III-IV, 349 y 351).

El ecumenismo, tal que Roma lo preconizaba en 1975, para los uniatas, no está en la línea de lo que hacen las Iglesias católicas de Oriente hoy, con el conocimiento y la aprobación de Roma, e incluso con su colaboración. En efecto, en su reacción a mi proyecto de doble comunión, inaugurado en 1975, y según el cual la Iglesia greco-melquita católica entraría en comunión con la Iglesia ortodoxa, en el seno del patriarcado de Antioquía, sin romper su comunión con la Iglesia Católica, Roma preconizaba una apertura a la Ortodoxia, más que este atrincheramiento uniata tras las barricadas romanas.

En efecto, el papa Pablo VI confió el estudio de este proyecto a los Dicasterios romanos para la Doctrina de la Fe y para las Iglesias Orientales, así como al Secretariado Romano para la Unidad de los Cristianos. La reacción fue naturalmente negativa. El informe de estos tres organismos de la Curia Romana, exigía, entre otras cosas, que se efectuara antes un acercamiento con la Iglesia ortodoxa de Antioquía, a todos los niveles, antes de pensar en un proyecto tan ambicioso: «Se trata, dice el informe, de una obra de largo alcance... que hay que emprender lo más pronto posible. En este marco, sería importante considerar ante todo un programa práctico en el plano pastoral: formación de los sacerdotes y de los laicos, catequesis, renovación de la vida monástica, renovación de la vida litúrgica. Es necesario reconstituir progresivamente, prosigue el informe, en todos los terrenos, donde es posible, el tejido de una existencia de acuerdo fraterno y de colaboración antes de considerar proyectos más ambiciosos. Tal programa pastoral, prosigue el informe romano, manifiesta un auténtico ecumenismo en el plano local.

El informe reconoce, pues, que al reanudar nuestra comunión con la Iglesia Católica Romana, nos hemos separado de nuestra tradición oriental y ortodoxa y que «el ecumenismo auténtico» exige de nosotros «reconstituir progresivamente el tejido de un acuerdo fraterno y de colaboración con la Iglesia Ortodoxa de la que nos hemos separado».

Se deduce que los esfuerzos constantes de las Iglesias Orientales unidas que quieren comprometerse en la vía del «ecumenismo auténtico» deben centrarse sobre todo en el diálogo y la colaboración con la Iglesia Ortodoxa de origen, no quedarse al margen de su actividad propia. Se trata, pues, del retorno a la tradición ortodoxa común, en estrecha colaboración con la Iglesia madre Ortodoxa, en todos los campos: pastoral, catequético, litúrgico y monástico³.

¿Dónde estamos nosotros, católicos unidos de Oriente? Qué significa esta carrera desenfrenada hacia la constitución

³ Que no se nos diga, pues, que estas asambleas católicas uniatas son puramente pastorales y pueden celebrarse al margen de la Ortodoxia. Esto es lo contrario de lo que dice el informe romano. Tanto más cuanto el apostolado católico y ortodoxo se ejerce en el mismo territorio y para el mismo pueblo.

de asambleas y de instituciones estrictamente uniata, reservadas primero a los Patriarcas y Obispos católicos del Líbano, extendidas después a los Patriarcas de Oriente Medio, para desembocar en el Congreso de Patriarcas y Obispos de Oriente Medio. ¿No tenemos ninguna otra cosa que hacer más que sellar esta presencia uniata en el seno de las Iglesias apostólicas orientales y de la Ortodoxia que nos ha transmitido la fe en Jesucristo, de siglo en siglo, mediante la persecución y el martirio?

¿No deberíamos, por el contrario, rectificar, mediante un ecumenismo más auténtico, una situación eclesial que no hemos elegido y que nuestros Santos Padres de Oriente no habrían tolerado, ellos que pusieron las bases de una eclesiología sana y que vivieron en el seno de la Iglesia una e indivisa, en el curso del primer milenio?

En el umbral del tercer milenio, hagamos una revisión seria de nuestra eclesiología uniata.

No hagamos ecumenismo a partir de un uniatismo que nos repliega sobre nosotros mismos, sino juzguemos nuestro uniatismo a partir de un ecumenismo auténtico que nos abra de nuevo a la Ortodoxia «católica» de nuestros Padres. Sin darnos cuenta, estamos a punto de constituir en Oriente una plaza fuerte del uniatismo, que pondrá en tela de juicio la credibilidad de nuestro ecumenismo y del de la Iglesia Romana.

El Congreso de Patriarcas y Obispos Católicos de Oriente Medio constituye un triunfo del uniatismo, y por ello mismo, un retroceso del movimiento ecuménico.

* ELIAS ZOGHBY
Arzobispo emérito
Greco-melquita católico de Baalbeck
(Líbano)